

## Reseña

### **Frayne, David (2017). El rechazo del trabajo: teoría y práctica de resistencia al trabajo**

Madrid: Akal, 266 págs

**Ducange Médor**

*Universidad de Guadalajara, México*  
leduc.medor@gmail.com

I

Se cuenta de los indios que poblaron las islas del Caribe – de quienes apenas quedan vestigios - que, antes de la llegada de los hombres comandados por Cristóbal Colón, vivían de la recolección de frutas y sus días transcurrían en la contemplación del sol y otros elementos naturales, tumbados a la sombra de los árboles. La naturaleza se encargaba de su alimentación y ellos sólo tenían que “esforzarse” por vivir fruitivamente en armonía con lo natural. Su único cometido era vivir de forma frugal; el ocio era la principal forma de vida. Su organización social correspondía, quizás, a lo que Sahlins (1983) llama “sociedad opulenta primitiva.” Es posible que esto no sea más que una bella leyenda sobre la vida de esas inexistentes poblaciones, aunque su cercanía con las formas de existencia de otros grupos humanos tradicionales de los que tenemos conocimiento lo hace verosímil (Chamoux, 1994).

El advenimiento de los colonizadores puso fin a esa idílica forma de existencia e introdujo a esas poblaciones a ritmos atroces de trabajo. Con ello, la vida (en el ocio) dejó de ser un fin en sí mismo para convertirse en un medio para la generación y acumulación de riquezas; he aquí el capitalismo en sus inicios más brutales. Así se introdujo en esas tierras un tipo de racionalidad de extracción y explotación presumiblemente responsable de un sinnfín de creaciones valiosas

pero también, y sobre todo, de muchas atrocidades y de nuestros peores temores actuales. Estamos a inicios del siglo XVI: la colonización de esas islas coincidió con el inicio de la diseminación de la doctrina protestante y con ella la justificación de la vida por la entrega denodada al trabajo, la estricta austeridad en el usufructo de los bienes materiales y la condena decidida del ocio. Así nació lo que Weber (2011) describió como el “espíritu del capitalismo” y lo que Frayne, siguiendo a aquél, llama el “dogma del trabajo”. Parte del argumento de Weber es que el protestantismo calvinista trajo la idea de la predestinación: algunos están predestinados a ir al paraíso y otros al infierno, más no se sabe quien está predestinado uno u otro destino. Ahora bien, el calvinismo enseñó también que la salvación implica entrega total al trabajo y austeridad. La predestinación (al cielo) debe justificarse mediante una vida dedicada al trabajo duro y a la ascesis. Así, surgió una rígida ética del trabajo a cuya implantación contribuyeron empresas, escuelas, iglesias y el estado. Desde dicha ética, los humanos (adultos) se dividen en dos grupos: los amantes del trabajo y los vagos; los primeros son individuos moralmente íntegros, confiables y dignos de enaltecimiento mientras que los segundos se merecen el escarnio y la reprobación de la sociedad. El estado mismo adopta ciertos dispositivos orientados a inculcar el dogma del trabajo:

*“se han trazado las líneas éticas: ¿eres un trabajador o un vago? Esta moralización del trabajo se ha consagrado en las políticas sociales más recientes, en las que la imposición del trabajo – sin importar lo dudosa que sea su utilidad social – se adopta como una función clave del Estado” (Frayne, 2017: 26).*

Así,

*“cualquier trabajador que se sale de la fila es rápidamente etiquetado de marginado peligroso, y se le niega voz política. La importancia política del acto rebelde se silencia tratando al rebelde de patológico, desviando la atención pública de la causa política para centrarla en la psicología supuestamente anormal del rebelde” (Frayne, 2017: 114).*

Esta especie de estigmatización del trabajador resistente al dogma del trabajo construye y naturaliza la percepción ajena hacia él en términos despectivos de “vago”, holgazán”, “perezoso” y otros de la misma índole. Nadie se pregunta ¿por qué habría que preferir una vida de trabajo duro llena de cosas materiales inútiles a una frugal y con tiempo suficiente para el ocio lúdico y creativo?

## II

El libro que aquí reseño es fruto de una investigación sociológica por entrevistas a un grupo de británicos habitantes de diversas ciudades de Inglaterra y Gales que por alguna razón habían decidido “rechazar” el trabajo asalariado. En realidad, esos individuos no manifiestan un rechazo al trabajo en cuanto tal; de hecho, la mayoría de ellos están ocupados en algún tipo de actividad regular. A lo que oponen resistencia o “rechazo” es al empleo tal como fue instrumentado en la sociedad industrial y se realiza actualmente en la mayoría de las grandes empresas y organizaciones públicas y se caracteriza por una absorción total del tiempo de vida de los individuos, la ausencia de autonomía, el agotamiento físico y psíquico, el estrés y, sobre todo, la absoluta falta de sentido o de utilidad de las tareas a realizar. Los sujetos del trabajo de Frayne no son defensores de la pereza; antes bien, rechazan el trabajo bajo su forma de empleo en las empresas capitalistas en virtud de otra concepción moral que tienen de la actividad laboral. En otras palabras, su visión ética del trabajo (humanizante) es tal que se resisten a ser cómplices de su versión desustanciada y deshumanizante actual. Lo deja en claro el autor:

*“si los autores y participantes en la investigación introducidos en este libro se muestran críticos con el trabajo no es porque defiendan el derecho a la pereza, sino porque la obligación de ejercer un empleo remunerado elimina muy a menudo la posibilidad de asumir actividades verdaderamente creativas, colaborativas y útiles” (Frayne, 2017: 33).*

Y lo vuelve a enfatizar: “la decisión de resistirse a trabajar nunca estuvo motivada por la pereza, la negligencia o una aversión a la actividad productiva. Por el contrario, la decisión de resistirse a trabajar estaba siempre motivada por un potente conjunto de principios morales alternativos” (Frayne, 2017: 135).

La proliferación de lo que Graeber (2018) llama *bullshit jobs*, trabajos a los cuales quienes los realizan no encuentran ninguna razón de ser, excepto que en algunos casos les permite devengar un considerable sueldo a cambio de hacer algo socialmente inútil y aburrido, hace lógica la existencia de más y más individuos que buscan vincularse con el trabajo por canales diferentes a los del productivismo. La razón de dicha proliferación radica en que, según el mismo autor,

*“Hemos llegado a ser una civilización basada en el trabajo, no tanto el trabajo productivo, sino en el trabajo como un fin y un sentido en sí mismo. Hemos llegado a creer que los hombres y las mujeres que no trabaja más duro de lo que quisieran en empleos que particularmente no disfrutan son malas personas que no merecen el*

*cariño, el cuidado o la asistencia de parte de sus comunidades” (Graeber, 2018: XXVI).*

El texto de Frayne está habitado por el voto, compartido por los autores en quienes se apoya, porque el trabajo deje de ser “la principal forma de adquirir ingresos, forjarse una identidad, efectuar una aportación social, y entrar a formar parte del patrón de vida de otros” (Frayne, 2017: 58). Operar un descentramiento del trabajo y un olvido de ese dogma conllevaría la afirmación del “derecho a llevar una vida variada y significativa fuera del empleo”, la búsqueda de “modos de realización que nos hagan menos cómplices con la búsqueda capitalista del beneficio privado” y “una visión alternativa del progreso humano y de la felicidad, basada en bienes inmateriales como el bienestar, el tiempo libre, y el derecho a realizar nuestras capacidades humanas” (Frayne, 2017: 55).

### III

El libro está integrado por ocho capítulos divididos en 2 partes. En los primeros cuatro acomete un par de tareas. Por un lado, muestra cómo el trabajo asalariado ha llegado a colonizar la vida del hombre moderno a tal grado que ni los más personales momentos de ocio escapan de su dominio. La exigencia de trabajo, de productividad, de rendimiento se ha convertido en el principal imperativo categórico de nuestro tiempo a tal punto que “la vida de las personas está dominada por la lucha por encontrar empleo y conservarlo” (Frayne, 2017: 51); a menudo en eso se les va la vida sin haberla vivido realmente; esto es, sin haber tenido la oportunidad de desarrollar sus reales habilidades en actividades autónomas, creativas y placenteras. Esa colonización de nuestra vida por el trabajo es representada generalmente, en discursos de políticos, de medio de comunicación, universitarios, etc., como si fuera resultado de un inexorable proceso natural inscrito en una especie de fatalidad independiente de la voluntad de los humanos. En contra de la ideología que hace del imperativo de trabajar un auténtico dogma, Frayne muestra que el apego de nuestra sociedad al trabajo es una construcción sociohistórica concomitante con el auge de la sociedad industrial capitalista. La sacralidad del trabajo que obsesiona tanto a comunistas como a capitalistas, tanto a liberales y como a conservadores es hija de la ascesis protestante-capitalista analizada por Weber. Frayne insiste en esa dimensión netamente histórica del “dogma del trabajo” para mostrar su carácter contingente y, por lo mismo, reversible. Por el otro lado, convoca a clásicos como Marx, Gorz, Keynes, Adorno, Illich, Russell y a contemporáneos como



Khati Weeks, Andrew Smart, David Graeber, entre otros, que le sirven de recurso teórico y conceptual para el estudio empírico presentado en los últimos 4 capítulos del libro. Todos estos autores son reputados por sus críticas acerbas al trabajo asalariado por cuanto tiende a ejercer cierta colonización sobre la vida de los individuos, además de deshumanizarlos. Todos, a excepción quizá de Marx, coinciden en que el trabajo debe ocupar justo una parte limitada del tiempo de las personas, tiene que caracterizarse por el fomento de la creatividad y dejar suficiente espacio para la autonomía de los trabajadores, entendida como la libertad para decidir sobre el proceso y el entorno de trabajo. Además, estos tendrían que tener suficiente tiempo libre para dedicarse a actividades lúdicas, comunitarias y de otro tipo. La vida giraría en torno a objetivos otros que la generación de bienes para el mercado y capital mediante el trabajo asalariado. Al revés de lo que ha ocurrido a lo largo de dos siglos de dominio del capitalismo, el empleo se subordinaría totalmente a otros fines existenciales y nunca sería el fin último de una vida.

A contrario de los deseos de unos o de los vaticinios de otros, en el capitalismo gerencial e informacional el trabajo se ha convertido en un fin en sí mismo y ha subyugado la vida completa de los seres humanos volviéndola cada vez más miserable y difícil de sobrellevar. El libro expone las posiciones de una muestra heterogénea de individuos con muy diversas relaciones pasadas y presentes con el trabajo que coinciden todos en la búsqueda de maneras autónomas de forjarse su vida al “margen” del trabajo asalariado. Encontramos tanto a un ingeniero informático ex empleado de una transnacional como a un colectivo autoidentificado “The Idlers”, a un ex ejecutivo de una empresa de comunicación como a un antiguo empleado como personal de apoyo en un asilo, etc.

Desde luego, en una sociedad fuertemente anclada en la ética del trabajo y en la creencia de que el trabajo asalariado construye el carácter y envía una señal de madurez y adultez, resistirse a él conlleva el obstáculo de la marginación o el estigma. No pocos de los sujetos del trabajo de Frayne pasaron por eso. Sabían que esas muestras de sospecha sobre su entereza moral eran inevitables en una sociedad donde al encontrar por primera vez a alguien, después de su nombre, ineludiblemente se le pregunta “¿y tú qué haces?” No los tomaron por sorpresa; conocían la fuerza de las creencias relativas al trabajo que habían logrado perforar. De ahí que supieron sobreponerse, algunos con más éxito que otros, a esos momentos de relativo ostracismo y hacerse otra vida, una verdadera vida, fuera del trabajo asalariado y toda su carga de infortunios personales y sociales.

Contrariamente a lo que podría insinuar el simple título del libro, los individuos entrevistados en la investigación no son contrarios al trabajo. Aquel ingeniero que abandonó “un puesto de alta dirección como programador informático” y se mudó a vivir a Japón, sigue trabajando como profesor de inglés a tiempo parcial y como programador por su cuenta. Y aquella abogada de patentes con buenas remuneraciones dejó este empleo para “llevar un estilo de vida con más tiempo libre trabajando de camarera y profesora particular”, etc. Ninguno de ellos abandonó el trabajo en sí, mismo que reconocieron es quizás consustancial a la vida humana. El aludido rechazo concierne al trabajo asalariado tóxico y colonizador de todos los espacios y momentos de la vida de los trabajadores. No se rebelan tanto contra el trabajo cuanto contra las condiciones en las que ellos (y millones de otros) han sido empleados y contra el omnipresente discurso que santifica el trabajo denodado y quien a él se entrega al tiempo que, tácita o abiertamente, denuesta al que se le resiste. Ninguno de ellos, ni siquiera los del colectivo “The Idlers”, hace proselitismo en pro de alguna forma de vida o de la resistencia al trabajo. Su acción contra la vida centrada en el trabajo o contra el trabajo invasor del ocio y de la intimidad se hace a título individual. Reivindican para sí una vida frugal, saturada de actividades y experiencias gratificantes con sólo el indispensable tiempo de trabajo para el mercado. Operan una inversión del orden de valores: en lugar de someterse al tiranizante binomio trabajo-consumo, y todo lo que conlleva en términos de destrucción medioambiental y de merma la calidad de vida de los individuos, eligen llevar una existencia personalmente más significativa y acorde con su bienestar.

La conclusión del libro contiene una defensa de la necesidad de recobrar la autonomía frente a las muchas formas que concurren a su negación, gran parte de ellas articuladas en torno al imperativo del empleo. Nuestra relación con el trabajo más dominante en la actualidad ha sido construida a lo largo de los últimos 2 siglos gracias a la labor concomitante de diversas fuerzas. Hoy, abundan las evidencias respecto de sus estragos en la vida de millones de individuos y en la sostenibilidad del planeta. De ahí la convocación del autor a repensar urgentemente nuestra concepción del trabajo a fin de extenderla hasta abarcar muchas actividades que son ajenas a un empleo remunerado. Esto conduciría a adoptar una

*“ética de lo que vale la pena”, misma que “significa cuestionar la santidad del trabajo remunerado e insistir en que hay otras actividades, que potencialmente merecen más la pena, en torno a las cuales organizar la vida” (Frayne, 2017: 244).*

Desde luego, los posibles opositores a semejante ética son legión y están muy aguerridos. Contra ellos, el autor ofrece este argumento final:

*A cualquiera que sugiera que no hay alternativa a una sociedad centrada en el trabajo, yo le respondería que es una sociedad profundamente triste aquella que no puede concebir un futuro en el que el sentimiento de solidaridad y de propósitos sociales sólo se alcance mediante relaciones mercantilizadas” (Frayne, 2017: 247).*

La expulsión del trabajo remunerado del lugar de privilegio que tiene en las sociedades actuales debería ser una de nuestras más acariciadas utopías.

## Bibliografía

- Chamoux, Marie-Noëlle (1994), Sociétés avec et sans concept de travail, *Sociologie du travail* 36 (hors-série: les énigmes du travail), 57 – 71. Doi: <https://doi.org/10.3406/sotra.1994.2149>
- Frayne, David (2017), *El rechazo del trabajo. Teoría y práctica de la resistencia al trabajo*. Madrid: Editorial Akal.
- Graeber, David (2018), *Bullshit jobs. A theory*. Nueva York: Simon and Schuster Inc.
- Sahlins, Marshall (1983), *Economía de la edad de piedra*. Madrid: Akal.
- Weber, Max (2011), *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.